



## **VIOLÍN DE STEFAN PRUM**

Stefan Prum né Shmaya (Dobrzyń ,1907- México,1977).

Relato basado en el libro “Siempre hubo un antes”, de Hellen Soriano y también en los testimonios de Alberto y Arturo Prum, hijos de Stefan.

La familia Prum vivía en Dobrzyń, provincia polaca y tenían una panadería y un molino. Cada shabat era tradición abrir su panadería para la gente pobre, para que no se quedaran sin su jalá. Cuando empezó a escasear la comida también repartían pan.

Samuel, el padre, fue el fundador de la biblioteca I.L. Peretz de Dobrzyń, en donde se reunían los jóvenes a leer y a escuchar las lecturas.

La música era una parte fundamental en esta familia, los cuatro hermanos sabían tocar algún instrumento.

Shmaya siempre quiso ser músico, violinista y director de orquesta, y se fue al Conservatorio de Música en Toruń en donde hizo sus estudios, alcanzando el grado de virtuosismo, pudiéndole abrir las puertas en el futuro en una orquesta sinfónica de primer nivel.

Su hermano Symcha se fue a estudiar Medicina a Lyon, Francia y le encargó a Shmaya que le cuide a su novia Hanna Reisenfeld mientras terminaba sus estudios. Hanna, quería estudiar Química, pero las circunstancias no se lo permitían, entonces se volcó a tocar el piano. Como Toruń estaba cerca de Dobrzyń, Shamaya regresaba a su casa todos los fines de semana. Así pasaron 2 años, desde que Symcha se había ido a estudiar y tenían pocas noticias de él. Compartiendo el gusto por la música y la necesidad de compañía, hicieron que Shmaya y Hanna se enamoraran perdidamente. La boda de Hanna y Shmaya se estaba preparando y él le escribió a Symja para pedirle su bendición. Se casaron en Dobrzyń en 1937.

La convivencia de la comunidad judía de esos pueblos con sus vecinos polacos era muy buena y, en las celebraciones, los incluían a todos. En 1938 la situación había cambiado, familias enteras estaban emigrando en busca de mejores oportunidades en países lejanos. Había discriminación y escasez hasta de los productos más básicos, la cantidad de restricciones que habían impuesto a los judíos hacía la vida cada vez más difícil.

Como músico, sobrevivir a los ataques de la prensa era imposible. No importaba qué grado tenías, ni cuánta dedicación le ponías a la interpretación, siempre en la prensa leías ataques antisemitas y críticas malas.

Al poco tiempo, los empleos empezaron a escasear y Shmaya tuvo que aceptar una oferta de tocar en un cuarteto de cámara que amenizaba las funciones del cine mudo.

En 1939 se veía fuera de casa los contingentes de soldados alemanes que paseaban por las calles.

El 25 de octubre fue el día en el que la familia Riesenfeld perdió lo que le era más preciado. Aquella mañana, oficiales de la Gestapo habían irrumpido en la farmacia de la familia arrestando a Adolf, el padre de Hanna, argumentando que este era el líder de los “cerdos sionistas”, el líder de los repugnantes judíos. Días después, la familia se enteró que lo ha-



bían asesinado, colgándolo de un árbol.

La orden era oficial, incuestionable y única. Había que evacuar. Cada judío tenía derecho a cargar una maleta de no más de 35 kilos con sus pertenencias. Todos debían de reunirse en la Plaza Central.

De la mano de Shmaya y cargando tres maletas y sendos violines, corrieron como pudieron, estupefactos llegaron a la plaza central de Dobrzyń. Ahí se encontraron con el resto de la familia Prum, con los que decidieron que tenían que llegar hasta Varsovia, donde seguramente tendrían mejores posibilidades de sobrevivir.

Empezaron a caminar, la distancia se hacía interminable, los bultos que llevaban se volvían cada vez más pesados. Shmaya había insistido en cargar con la viola, el violín Amati y el violín Rugeri. Para él eran más importantes que cualquier camisa o pantalón, y hubiera preferido que lo mataran, antes de desconectarse por completo de su música.

Desde 1940 se estableció en Varsovia el gueto. Ningún miembro de la familia Prum eligió por su propia voluntad ser instalado dentro de esa zona amurallada, pero habiendo llegado a Varsovia sin recursos y con una pequeña maleta de pertenencias como única posesión, no tuvieron más remedio que acatar la orden de encerrarse ahí.

Fueron tiempos de mucha confusión ya que, en esos primeros meses, la vida dentro del gueto florecía como si se viviera afuera. Había pequeños cafecitos donde pasar la tarde. Y el que toda la Orquesta Filarmónica estuviera viviendo dentro del gueto, permitía que ofrecieran conciertos muy a menudo.

Sin embargo, al paso del tiempo, la calidad de vida llegó a extremos de terror y horror: el hacinamiento, la absoluta imposibilidad de conseguir un simple bocado, y las muertes. La vida se hacía cada vez más intolerable, llenaban sus días reuniéndose con sus amigos y familiares para darse refugio y consuelo y Shmaya trataba de practicar con su violín.

Con el paso de los meses, la comunidad empezó a organizarse, a nominar líderes que mantenían un contacto más directo con los nazis. Ellos habían girado instrucciones que había que crear un censo de la población del gueto.

Martha Sarnovska, la sirvienta que había cuidado a Hanna desde pequeña, los había seguido hasta Varsovia. Ahí vivía su hermana, con la cual se hospedaba. Con mucho sigilo, preguntando a dónde habían ido a parar los judíos de Golub, llegó al gueto. Tratando de pasar inadvertida, se colocó varios días a unos metros de la entrada principal del gueto y, de repente, se encontró con Shmaya. Como pudo, se acercó hasta que logró hacerle una señal con la mirada, con muecas, llevándose los dedos a la boca, le dio a entender que le conseguiría algo de comer.

A Hanna le había tomado varias mañanas encontrar un hueco en el muro, pero eventualmente las dos mujeres se habían reencontrado con un trozo de piedra y concreto de por medio. A partir de entonces Hanna, a través del muro, le pasaba unas monedas a Martha, las cuales Shmaya ganaba gracias a su violín y ella les traía algo de comida: papas, huevo duro, algo de pan y lo que pudiera encontrar.

Y así Martha se volvió el único contacto que tenían en el exterior.

En una ocasión, cuando Hanna regresaba del muro con un poco de comida, fue sorprendida por los soldados que reunían mujeres como si fueran ganados. De repente sintió que



estaba siendo empujada hacia arriba, al voltear a ver quién era el dueño de la mano que la jalaba, reconoció a Ozcar, compañero de Shmaya en el cuarteto de cine mudo. Él la sacó de la multitud gracias a que sobornó a un soldado alemán, y tomados de la mano corrieron como si un batallón completo fuera tras ellos.

A las pocas semanas, Shmaya se encontró en la misma situación, hubo una redada y sin darse cuenta, se volvió uno de tantos hombres acordonados dentro de un círculo humano que, tomados de la mano, se agarraban con fuerza.

Shmaya, armado de un sentimiento de potencia, aventó las manos de los hombres que lo sostenían, el movimiento lo hizo perder el equilibrio y al girar fue a dar contra la espalda del nazi. Este último, al darse cuenta que no estaba dentro del círculo de los deportados, le dijo: “Largo de aquí. ¡No estorbes!”.

Se habían salvado de una muerte segura, pero no podían arriesgarse más a escenas como esas. Shmaya tomó la decisión de salir del gueto. Acabó por comprender algo que no había querido aceptar: no había ni la más mínima esperanza. Su futuro sería morir lentamente de hambre, o que los llevaran en los transportes a los campos de concentración.

Así que planeó la escapatoria: Tenía que vender sus violines para que, con ese dinero consiguiera unos documentos falsos.

El día del escape llegó, tenían el plan muy detallado: La hora a la cual habría que llegar a la plaza, el orden en el que habría que formarse, el lugar que debían ocupar dentro del camión que los llevaban a sus trabajos, cómo evitar ser reconocidos por alguno de sus compañeros, los grupos que se formaban al llegar ahí, las tareas que les tocaría desempeñar, el lugar en el que se encontrarían al caer la tarde y que harían después.

Cuando sonó el silbato indicando que debían suspender las labores y regresar a los camiones, los trabajadores hicieron justamente eso.

El plan de Shmaya era tan simple que costaba trabajo creer que hubiera funcionado, agachándose momentáneamente, tal vez con la excusa de amarrar los cordones de los zapatos, dieron tiempo a que los obreros emprendieran su camino sin voltear a ver si alguien quedaba atrás.

Shmaya en su mesa de trabajo y Hanna en la suya se agacharon simultáneamente tardándose lo suficiente para dar tiempo a que todo el mundo saliera. Tal como él lo había concebido, una vez que se hubieran alejado los hombres, debían quedarse agazapados hasta que no oyeran ruido alguno.

Se oyeron las pesadas cadenas dar varias vueltas a los barrotes de la puerta y los candados al echarles la llave. Pasó el tiempo y no había regresado nadie a buscarlos. Lentamente se levantaron, les dolían las articulaciones, las mandíbulas dolían de tenerlas tan apretadas para que no sonaran los dientes al temblar.

Juntos comenzaron a recorrer el espacio, manteniéndose cerca de las paredes para no sentirse expuestos. Tocaban los tablones de madera que cubrían los defectos en la pared, intentando encontrar uno que estuviera flojo, y les permitiera salir, pero todo parecía estar fijo y sólido.

Shmaya dijo: “Si no encontramos una salida, voy a usar alguna herramienta para romper una ventana o jalar un tablón”.



Tuvieron que guardar silencio, ya que el ruido podría atraer a guardias si estuvieran afuera. Shmaya aseguró: “Hanna hemos llegado a esto, si salimos y nos disparan afuera, moriremos respirando nuestra primera bocanada de aire libre en más de tres años. Si no salimos, nos dispararán mañana sin haber probado cómo se siente la libertad”.

Fue a buscar un martillo y con él logró que uno de los tablones se moviera y les abriera el espacio necesario para salir. Se quedaron parados sin saber qué hacer. Salió él, ella se recargó contra la pared esperando su señal rogando que continuara el silencio. Sintió la mano de él llamándola, Hanna se agachó, poniéndose en cuclillas y avanzando con pequeños pasos, Shmaya la guiaba en cada centímetro. Con la seguridad de que al salir habrían dejado atrás su vida de encierro.

Una vez afuera, tenían que asegurarse de no caminar en la dirección que los llevaría de vuelta al gueto.

Así, parados en medio de un patio sucio, lleno de desperdicios, maquinaria y herramientas oxidadas, pudieron celebrar su primer respiro de vuelta al mundo. La emoción de haber escapado y el miedo de lo desconocido, se combinaban. Shmaya y Hanna durmieron sin saberlo en un panteón.

A la mañana siguiente, ante la incertidumbre y el miedo de ser atrapados por la Gestapo Shmaya le propuso a Hanna que lo mejor sería que terminaran con su vida. Por supuesto, Hanna le contestó que no le iba a dar esa satisfacción a los nazis.

Hanna tenía grabada en su mente la dirección de Martha era indispensable ponerse lo más presentable posible. Encontraron un grifo y se limpiaron. Después debían salir a la ciudad, con la decisión de caminar sin miedo y con la cabeza erguida, como cualquier ciudadano, sin preguntarle a nadie una dirección para no demostrar que estaban perdidos o no sabían a dónde tenían que ir.

Cuando finalmente encontraron la calle Leszczynska 39, apartamento 2d.; Martha los recibió como si los hubiera estado esperando toda la vida.

Ellos sabían que no podían abusar de la hospitalidad, ya que la casa pertenecía a la hermana de Martha y aunque tampoco vivían holgadamente, podían meterse en graves problemas al estarlos protegiendo.

Shmaya sabía que la única forma de conseguir algún trabajo o buscar un cuarto para rentar era consiguiendo papeles falsos. Martha ofreció a ayudarlos. Shmaya sacó el dinero y lo puso en la mesa. Se puso a contemplar los billetes, en eso se habían convertido sus violines, tal vez lo más difícil que había hecho jamás había sido desprenderse de sus valiosos instrumentos, pero sabía que era la única manera de conseguir recursos.

Al día siguiente Martha consiguió los papeles y la noche siguiente habían dejado de llamarse Shmaya y Hanna Prum. A partir de entonces serían Halina Bielitzka y Antoni Lewandowski, un par de muchachos polacos, listos para buscar trabajo.

Le era imperativo conseguir un violín, de otra forma no se le ocurría cómo tener un trabajo. Lo había estado pensando y lo único que tenía sentido era ponerse a tocar el violín. Él conocía una gran cantidad de músicos, sería cuestión de ponerse en contacto con alguno para hacerse de un violín.

Salió a recorrer las calles, trataba de hurgar en su memoria la dirección de un conocido, co-



leccionista de objetos relacionados con la música. Mientras caminaba, reunía esperanzas de encontrarlo con vida.

También en su camino, paso frente a la Iglesia de Santa Ana o más bien lo que quedaba de ella. Pensó que sería un buen lugar para trabajar, una vez que tuviera un violín, se acercaría al cura para proponérselo. Siguió caminando y encontró el edificio en el que vivía un coleccionista de instrumentos musicales al que él había conocido. A su amigo lo habían atrapado y se lo habían llevado prisionero. El departamento estaba perfectamente cerrado.

Buscando una forma de tener acceso, subió hasta la azotea, y amarrado a una cuerda que encontró, se descolgó a una de las ventanas del departamento. Cuando entró, vio que los nazis robaron y destruyeron absolutamente todo, sin embargo, al entrar a la oficina de su amigo, encontró el milagro que buscaba: tres hermosos instrumentos colgados de una pared. Eran dos violines y una viola muy viejos. Y es por eso que los nazis los pasaron por alto. En una ocasión, el que fuera el dueño de estos instrumentos le dijo a Shmaya: “Si algún día me llega a pasar algo, quiero que te lleves todos mis instrumentos, ya que sé que en tus manos van a estar bien cuidados”.

Shmaya encontró una cobija, colocó los tres instrumentos en ella y salió del departamento con toda naturalidad.

Desde ese día se dedicó a tocar en iglesias, pero para hacerlo, muchas veces el párroco lo instaba primero a confesarse, cosa que él hacía con singular alegría, inventándose las más inverosímiles historias.

Mientras tanto, Hanna, ahora Halina, comenzó una nueva etapa como ayudante de dentista, del Dr. Kaczmarek, que al verla tan bonita la contrató, para tener el placer de verla todos los días.

Con Halina trabajaba Elizbieta, una chica muy reservada. Después de un tiempo supo la razón de su timidez: ella también era judía. Un día llegó la SS, entraron al consultorio y se la llevaron. Ese episodio fue terrible para Halina, ya que pensó que venían por ella. Sabía que en cualquier momento podrían descubrirla.

En ese entonces, Antoni se unió al grupo de partisanos ya que no soportaba la idea de quedarse con los brazos cruzados esperando que la guerra terminara y que les quitaran aún más de lo que ya habían perdido.

En una ocasión, esperando que Halina saliera del trabajo, Antoni se sentó en una banca a leer dos oficiales lo apresaron.

Se logró escapar gracias a que, el policía que lo recibió no era partidario de los nazis, así que llenó una forma en la que señaló que había mandado a Antoni al gueto. Sin embargo, él tuvo que advertir a sus compañeros de la resistencia, ya que este policía por alguna razón sabía que Antoni pertenecía a esta unidad.

En mayo de 1943, Antoni y Halina habían sufrido desde afuera al ver el levantamiento del gueto. Al ser testigos de la valentía de sus paisanos, al constatar cómo, a pesar de esfuerzos sobrehumanos, había sido imposible hacer mella en el ejército alemán y los sobrevivientes del levantamiento habían sido transportados a los campos de Auschwitz-Birkenau y Treblinka.

A partir de esos hechos, la participación de Antoni en la resistencia se había vuelto más



intensa y había sido promovido al grado de oficial. Halina también se involucró con los partisanos.

En una ocasión, estando en una misión, a Antoni le detonó una granada justo en donde se encontraba. Se salvó gracias a un médico polaco que lo curó, a cambio de que le consiguieran leche para su hija, pero desgraciadamente Antoni perdió un ojo.

En mayo de 1945, se declaró la victoria de los aliados sobre el Reich alemán.

Seis largos años habían pasado desde que Antoni y Halina, abandonaran todo. Tenían que recuperar su vida. Decidieron volver a casa en Dobrzyń –Golub.

En enero de 1946, llevando consigo las pocas prendas de ropa que tenían, junto con su violín, abordaron un tren rumbo a Golub.

Al llegar se encontraron con que la sinagoga estaba completamente destruida, el cementerio lo convirtieron en parque, no quedaba ni un solo judío, y de los polacos que conocían quedaban muy pocos.

Llegaron a la que era la casa de los Riesenfeld, un general ruso se había instalado en ella. El coronel les abrió las puertas invitándolos a vivir con él. Se alojaron en la pequeña recámara que pertenecía a Hanna.

La farmacia ahora la atendía Tomasz Pawlak, un trabajador de antaño.

Golub los había recibido en paz, con buenos prospectos de negocios y una casa casi intacta. Sin embargo, lo que más querían era reunirse de nuevo con la gente que les importaba, los hermanos de Shmaya (Symch: Sergio y Boruch: Bernardo), que ahora vivían en México. Después de arduas investigaciones, ya que Sergio estaba obsesionado con encontrar vivo a alguien de su familia, una tarde de febrero de 1946, llegó una carta. Era de Shmaya. Así fue cómo Sergio recibió la noticia de que tanto Hanna como Shmaya habían sobrevivido.

Desgraciadamente, se enteraron que nadie más había sobrevivido, ni sus padres, ni hermanos, ni cuñadas, ni sobrino. ¡Nadie!

Desde entonces, Sergio insistía por cartas y telegramas que se trasladaran a México. Sacar las visas era una tarea muy difícil, pero gracias al Sr. Katz, pudo tramitarles la visa para establecerse en México.

Pensaban en qué nombres usarían a su llegada y Hanna decidió seguir usando el nombre de Halina, y a Shmaya le gustaba el nombre de Stefan.



## VIOLÍN

El violín lo consiguió Shmaya al escaparse del gueto de Varsovia. Sus 2 valiosos violines los tuvo que vender para conseguir documentos de identidad falsos y fue a casa de un amigo laudero. Ahí se dio cuenta que los alemanes se habían llevado a su amigo y gran parte de los instrumentos que tenía en su taller, sin embargo, vio que dejaron abandonados una viola y 2 violines. ¿Qué fue de los tres instrumentos? uno tuvo que venderlo y con eso compró unos panes, la viola se perdió y nunca pudo recuperarla y el otro violín se lo quedó por siempre y fue el que usó para ganarse la vida. Es el que conservaron Alberto y Arturo, hijos de Antoni y Halina (Stefan y Hanna).

Alberto y Arturo, nos cuentan que en su casa se escuchaba música clásica a todas horas. Decían que para su padre era muy importante que aprendieran a tocar un instrumento, no tanto por el amor a la música, sino porque consideraba que saber tocar el violín, les había salvado la vida.

El violín ahora es parte de Instrumentos de la Esperanza gracias a Alberto y Arturo quienes están seguros que a su padre le hubiera gustado que siga sonando.

Fue restaurado en el taller de Amnon Weinstein, en Tel Aviv

El violín fue tocado en el concierto inaugural el 10 de marzo de 2019 por el Mtro. Abraham Rechthand.